

# La mirada comprometida

Fotoperiodismo para 50 años de solidaridad



# Rebeliones, revelaciones

Recuerdo que hace unos años, aproveché un vuelo de regreso desde Ecuador para leer *Ante el dolor de los demás* (2003), de Susan Sontag. En un viaje similar a los que han dado lugar al libro que tienen entre las manos, había pasado diez días visitando, junto a una fotógrafa, algunos proyectos de cooperación de Intermon Oxfam con mujeres indígenas del altiplano andino. Me había impresionado la extrema pobreza de aquellas gentes, pero también la generosidad con la que Rosa y su marido nos habían acogido en su casa y habían querido incluso cedernos las camas de sus hijas, mientras los cinco miembros de la familia se apretujaban en el camastro del matrimonio. Habíamos ido en busca de las imágenes y los testimonios que pudieran dar cuenta cabal de esas vidas y de su dura lucha cotidiana, pero lo que hoy retiene con más fuerza mi memoria es el recuerdo del calor del cuerpo de Daniela, la más pequeña de las niñas, abrazada con fuerza a mí bajo las mantas, en la profunda y húmeda oscuridad de la noche andina.

En el hotel de Quito, antes de tomar el avión hacia Barcelona, había estado repasando mis notas y preguntándome cómo lo haríamos para transmitir la pequeña revolución que aquellas mujeres estaban protagonizando —con el simple conjuro de disponer de un pequeño crédito para construir corrales y comprar animales— en el seno de una sociedad ancestral, donde la precariedad se unía a una histórica marginación y a la dominación masculina, no exenta de graves problemas de violencia doméstica. Nos habían encargado una *galería fotográfica* —cuatro o cinco imágenes con un escueto pie— para la revista de la organización y yo quería que todas las cosas importantes —sus risas, los olores, el frío terrible, el sonido de la fanfarria de su fiesta, el orgullo...— estuvieran ahí. Y me preguntaba cómo se mete todo eso en una fotografía.

En el avión, las contundentes frases de Sontag sobre el fotoperiodismo hilvanaban mis pensamientos: “*Para que las fotografías denuncien, o acaso alteren, una conducta han de conmocionar*”; “*Las fotografías trazan las rutas de referencia y sirven de tótem para las causas: es más probable que los sentimientos cristalicen ante una fotografía que ante un lema*”; “*Siempre que sentimos simpatía, sentimos que no somos cómplices de las causas del sufrimiento. (...) Apartar la simpatía que extendemos a los otros atrapados por la guerra y la política asesina a cambio de una reflexión sobre cómo nuestros privilegios están ubicados en el mismo mapa que su sufrimiento, y pueden estar vinculados (...), es una tarea para la cual las imágenes dolorosas y conmovedoras sólo ofrecen el primer estímulo.*”

La autora norteamericana revisaba, casi 25 años después, algunas de las ideas que había formulado en su obra de referencia, *Sobre la fotografía* (1977), y aunque ella hablaba básicamente de las fotografías de guerra, para mí muchas de sus reflexiones eran perfectamente aplicables a esa guerra sorda —y desgraciadamente tantas veces muda— que millones de personas libran diariamente contra la pobreza. Pero ¿generan esas humildes —aunque igualmente cruentas— batallas cotidianas el torrente de imágenes que nos suministran cada día los medios de conflictos y enfrentamientos armados? Ocasionalmente, es cierto, la televisión y la prensa nos sirven imágenes de niños desnutridos en campos de refugiados, o de decenas de miles de personas hormigueando por los caminos de países devastados por catástrofes naturales y guerras. Son

esos vientres hinchados y esos seres anónimos que caminan hasta la extenuación, son esos pueblos arrasados, mujeres haciendo cola por un cubo de agua o un puñado de arroz, piernas y brazos arrancados por las minas, las “víctimas civiles”, los “daños colaterales”, que nos han zarandeado tantas veces. Imágenes que nos han conmovido y conmocionado —hasta cierto punto, las ONG somos *hijas* de esa conmoción—, apelando a nuestra acción y a nuestro compromiso.

Las imágenes de emergencias y crisis humanitarias han sido nuestra puerta al descubrimiento de “los otros”, aunque a través de un discurso periodístico en muchos sentidos censurable. Como nos recuerda, dolorosamente, Sontag, *“por lo general, los cuerpos gravemente heridos mostrados en las fotografías publicadas son de Asia y de África. Esa costumbre periodística hereda la antigua práctica secular de exhibir seres humanos exóticos; es decir, colonizados”*. Los cuerpos hinchados, devueltos por el mar a las playas de Indonesia y Sri Lanka tras el tsunami de 2004, se superponen en nuestra memoria a las velas encendidas para recordar a las víctimas jamás vistas del 11-S.

*“La exhibición fotográfica de las crueldades infligidas a los individuos de piel más oscura en países exóticos continúa con esa ofrenda, olvidando las consideraciones que nos disuaden de semejante presentación de nuestras propias víctimas de la violencia; pues al otro, incluso cuando no es un enemigo, se le tiene por alguien que ha de ser visto, no alguien (como nosotros) que también ve”*, remacha Susan Sontag.

Pero no siempre es así, y este libro es demostración y testimonio de un cambio que sutilmente ha ido transformando el discurso mediático, a contracorriente de la sentencia que un redactor jefe me espetó cuando hacía poco tiempo que había comenzado a dirigir el gabinete de prensa de Intermón Oxfam: *“Los pobres no son noticia”*. Y este cambio se ha producido en buena medida gracias al compromiso ético de unos profesionales que no sólo han querido mirar sino también entender qué está sucediendo en el mundo. Las imágenes descarnadas del dolor y la miseria siguen estando ahí, acaparando la atención de los medios, por qué nos vamos a engañar, pero hoy es mucho más fácil que hace unos años encontrarse frente a frente con los ojos de un ser humano que te mira desde la dignidad de su lucha y que ya no es aquel ser pasivo y anónimo vencido por la fatalidad. La dignidad de las personas y de su representación gráfica ha sido un valor que las organizaciones solidarias hemos defendido y defendemos desde nuestros códigos éticos y de imagen, pero lo que se ha impuesto no es una especie de autocensura que nos impida mostrar el dolor y las heridas de las víctimas, sino la convicción de que sus problemas tienen causas —de las que nosotros podemos formar parte— y que ellos tienen razones y argumentos. Que ya no sólo les miramos, sino que ellos y ellas también nos miran y nos interrogan.

Este libro reúne siete grandes interrogaciones. Al fin y al cabo, eso es el periodismo: hacerse preguntas. Porque es a nosotros mismos a quienes corresponde encontrar las respuestas, usando de forma crítica los datos y las imágenes que nos ofrecen los medios. Los profesionales —fotógrafos, periodistas— aportan algo

inestimable, cuando se usa con rigor, y terriblemente peligroso, cuando se manipula: su punto de vista. Tomás Abella, Eduardo Arrillaga, Santos Cirilo, Luis Magán, Fernando Moleres y Bru Rovira se han enfrentado a preguntas complejas: ¿Por qué Bolivia tiene las mayores reservas de gas y el mayor número de pobres de Sudamérica? ¿Cómo se sobrevive, si eres mujer en Nicaragua, tras un huracán que lo arrasa todo? ¿Por qué resulta tan amargo el café para los agricultores etíopes? ¿Hay futuro para los *intocables* de la India? ¿Pueden ejercer sus derechos básicos las trabajadoras del textil en Bangladesh y Sri Lanka? ¿Dónde van los beneficios del petróleo del Chad? ¿Quién robó el maíz que los dioses aztecas legaron a los mexicanos?

Sus respuestas, en forma de imágenes, son bellas y duras al mismo tiempo. ¿Cómo no va a zarandearnos la alegre sonrisa de ese niño que camina desnudo —apenas piel y huesos— de la mano de su madre y junto a sus hermanos en el patio de un centro de nutrición etíope? ¿Cabe mayor desolación que la de esas res secándose al sol en la desierta y árida planicie de Chihuahua? ¿No llega hasta aquí el hedor de los basureros de Managua y Mumbai? Y, sin embargo, los ojos y el corazón se nos quedan atrapados entre los paños rojos que envuelven al niño recién nacido en el hospital de Pune y en el bello perfil de la costurera de Sri Lanka, y nos parece oír las risas de los niños que juegan bajo un árbol en el Valle del Riff, o sobre él en un poblado del Chad. Una mujer con *pollera* se enfrenta en El Alto a un policía antidisturbios con escudo y casco, y en la fuerza de su mirada encuentras los argumentos que han llevado al primer indígena a la presidencia de Bolivia. Ella agarra con fuerza sus gallinas y ve al futuro mientras, desde la caja del camión, mira como se aleja el camino que la lleva a Matagalpa; dos niñas sentadas en dos extremos del mundo nos miran a nosotros y nos preguntan si seremos capaces de aprender también algo en esas miserables escuelas de la India y Etiopía; nos salpica el agua de la charca de Beed y, sin embargo, nos morimos de sed, como esos hombres y esos asnos que desfallecen bajo el tórrido sol del Sahel. Porque este es nuestro mundo. Ya nada nos es ajeno. Pero, si ellos y ellas son las víctimas de la globalización ¿quiénes somos nosotros?

Las preguntas —la pregunta— están ahora en nuestras manos en forma de libro. 50 años de solidaridad es sólo el principio de la respuesta.

**ADELA FARRÉ**

Periodista

(Jefa de Prensa de Intermón Oxfam, 1995-2006)